



UNA FRASE SUBLIME DE OMAR

**H**s sabido que los califas deben trasladarse todos los viernes a la Mezquita, y de acuerdo con una antigua costumbre, una vez terminada la plegaria, arengar a sus fieles y permitir que éstos le interpelen.

Un viernes subió el gran califa Omar al púlpito, y dirigiéndose a los fieles, les habló así:

—Oh musulmanes, si uno de vosotros me ha visto desviarme del camino derecho, que me vuelva a él.

Un beduino que, empujado por la multitud, se encontraba en última línea, le respondió:

—Oh Príncipe de los creyentes, si nosotros os hubiéramos visto desviaros del camino recto, os hubiéramos vuelto a él con la punta de nuestras espadas.

Omar replicó:

—Que Alá sea alabado, pues hay en mi nación gentes capaces de levantar las caídas de su soberano con la punta de la espada.

LOS DOS LADRONES Y EL ASNO

Dos ladrones robaron un asno y uno de ellos se encargó de venderlo con provecho en el mercado vecino. Encontró en su camino a un hombre que llevaba una canasta llena de pescado y que le preguntó:

—¿Se vende este asno?

—Sí—respondió el ladrón.

—Ten un poco la canasta entonces, a fin de que yo pueda probar el asno, y si me gusta, lo compraré a un precio que te dejará contento.

El ladrón tomó la canasta, y el hombre montando el asno se puso a hacerle ir y venir por el camino hasta que estuvo bastante lejos del ladrón.

Entonces entró precipitadamente en una callejue-

la, bifurcó en otra y continuó así hasta perder completamente de vista al ladrón, quien comprendió, aunque un poco tarde, que había sido robado a su vez.

Al fin regresó a la casa de su cómplice, lleno de confusión, pero llevando al brazo la canasta de pescado.

—¿Fué vendido el asno?—le preguntó aquél.

—Sí.

—¿Y por cuánto?

—Por el mismo precio que nos costó y esta canasta de pescado como beneficio.

EL LADRON DE GALLINAS

Cuentan que una vez fué una vieja mujer a quejarse al k lifa de que todas las noches le robaban sus gallinas, único recurso con que contaba para vivir.

—Vuelve a verme el viernes próximo después de la plegaria—le dijo.

El viernes, según su costumbre, se encaminó a la Mezquita, y después de haber elevado la plegaria delante la multitud de creyentes, subió al púlpito, pronunció el sermón de costumbre, y dijo: ¡Oh creyentes! hay entre vosotros musulmanes que se atreven a penetrar en la casa de Alá después de haber robado las gallinas de sus vecinos, y para colmo olvidan quitar las plumas que quedaron prendidas de sus turbantes. El ladrón, que se encontraba presente, llevó instintivamente la mano a su cabeza. El kalifa, que los observaba a todos, lo vió y gritó: ¡miradlo, ése es; que lo prendan en seguida!

E. E. A.

